El lago de los niños //Pa

Los sueños que se sueñan de pequeños.

Amanecía lluvioso. Con viento, por completo todo el cielo cubierto, con mucha niebla por el valle del río Darro y los paisajes hacia Sierra Nevada. También con fuertes rachas de viento que azotaban con fuerza a los cipreses que tenía frente a su ventana y zarandeaba sin parar a la fina lluvia que caía. Desde su ventana, veía al frente y en lo alto de la colina, las viejas murallas y torres de la Alhambra. Mudo y tal como contemplaba la llegada del frío y gris día de primavera, meditó un momento.

Esperaba a los niños que, según le habían dicho la tarde anterior, se presentarían en su casa a media mañana. Le dijeron ellos:
- Desde donde vives tú, solo tenemos que recorrer la calle que baja al río, cruzamos el puente de piedra, torcemos para la izquierda y un poco después, ya estamos en la entrada que te hemos comentado.
Y muy interesado, él de nuevo les confesó:
- Pero es que yo no acabo de creerme lo del lago que me estáis diciendo.
- Pues en cuanto lo veas, ya verás como te queda claro. Nosotros te hablamos de él porque en sus aguas nos hemos bañado y hasta hemos cruzado de norte a sur, varias veces nadando.
- ¿Pero un lago en el corazón de la colina sobre la que se asienta la Alhambra y que nunca nadie lo haya descubierto ni tampoco nunca nadie haya hablado de él?
- Será así pero lo que te decimos es tan cierto como que ahora mismo estamos aquí. En cuanto lo veas te convencerás de ello.

El nuevo día ya había llegado y el momento en que los niños se presentarían para acompañarlo, se acercaba. Meditó un momento más mientras seguía mirando por la ventana y en primer plano le embelesaba la fina lluvia que caía, los cipreses lavándose con esta lluvia y el viento zarandeando y al frente, el gran edificio de la Alhambra velado por la niebla. Se dijo: “En esas fabulosas torres, salones y palacios, estuvieron ellos. Los famosos reyes de aquellos tiempos, sus esposas, príncipes y princesas y ahora, ahí mismo y en este momento, todos son vagos recuerdos. Uno detrás de otro, fueron desapareciendo, tragados por la línea del tiempo a pesar de lo poderosos y grandes que se creían en aquellos días. Hoy, ni siquiera se sabe si algunas de esas personas consiguieron el hermoso cielo que soñaban y donde creían serían eternos”.

Y a su mente viene en este momento el hombre administrador que conoció mucho tiempo atrás. Se comportaba con autoridad y mucho poder sobre los demás, favorecía a sus amigos y a los que le cortejaban y humillaba y despreciaba a los pequeños y de los que, él pensaba, nada podía obtener. Una de sus hijas, muy hermosa y decían que muy inteligente, se enamoró de un soldado exiliado y al poco tiempo se fue de la ciudad. Muchos la criticaron pero quedó olvidada no ha pasado mucho tiempo. No se supo de ella nada más en la ciudad de Granada. Sí la madre y mujer del administrador, una tarde que paseaba por unos de las laderas en el río Darro, resbaló y por la pendiente, rodó hasta lo más hondo del cauce. Ahí en el fondo quedó sin vida y el marido administrador, quedó destrozado. Enterraron a las mujeres y tres meses después, el hombre también murió. Caminaba por las calles del barrio, solo y cabizbajo, como en todo momento se le veía desde la muerte de la esposa y ausencia de la hija y lo vieron caer al suelo. Sin fuerza y sin respiración y por completo sin vida.

Los conocidos lo enterraron al día siguiente y algunos comentaban:
- Ay que ver la historia de este hombre y familia: parecía importante, tenía algún dinero y poder y al final, mirad cómo ha acabado todo. Por completo comido y roto por el tiempo y perdido en las horas y los días. Y ni siquiera sabemos si en la otra vida, la que esperamos después de la muerte, tendrá algún pequeño paraíso o cielo.

Y esta misma idea y casi el mismo sentimiento, latía en el corazón del hombre que contemplaba la lluvia al amanecer. Con la imagen de la Alhambra velada entre nieblas, muda y como clavada en el tiempo. Guardando celosamente las historias, sentimientos y latidos de los corazones de todas las personas que tiempos atrás habían vivido en estos palacios. Observando y meditando estas cosas el hombre esperaba los niños con la idea de acompañarlos a ver si en lo que ellos le habían dicho, encontraba lo que en el fondo necesitaba. Alguna sencilla realidad, hermosa y bella, que letras trascendiera después de esta vida para toda la eternidad.

Los sintió acercarse. Subían ellos por la estrecha y empinada callejuela comentando las aventuras que esperaban vivir. En su pequeña casa, el hombre se preparó. Rápido se levantó, abrió la ventana y ahora descubrió que la lluvia había parado, seguían revoloteando las nieblas por entre las casas del barrio, surco del río Darro y laderas y colinas al frente y al otro lado del cauce. Los sintió llegar. Esperó momento y los oyó llamar a la puerta, al tiempo que también oía:
- Ya estamos aquí. ¿Estás tú preparado?
- Estoy listo porque os espero desde hace un buen rato.
- Pues no perdamos más tiempo.

Abrió el hombre la puerta de su casa, no les pidió que pasaran sino qué rápido salió fuera, saludó a los tres niños y les dijo:
- Dispuesto para ir a donde vosotros me llevéis.
Y sin más, los tres niños, dos de ellos entre doce y trece años y la pequeña de unos once, se pusieron en marcha como de regreso. Por otra de las estrechas calles, descendieron hacia el río Darro. Cinco minutos después cruzaban el puente de piedra en el río, desde donde se ve al frente y muy robusta la figura de la Alhambra. No llevaba hoy mucha agua el río pero sí color chocolate y arrastraba hojas de árboles y ramas de almeces y zarzas.

Tomaron para la izquierda y en unos metros, ya caminaban siguiendo una sencilla que comenzaba a remontar por la ladera de la colina de la Alhambra. Caminaban en silencio y ahora, según remontaban despacio siguiendo esta sendilla, al frente y al otro lado del río, iba apareciendo el bonito barrio del Albaicín. Extendido por la amplia ladera que desde esta colina cae para el río y parte de la vega de Granada. Se veían las casas como perdidas entre finas nubes de niebla. La lluvia ahora no caía pero las nubes cubrían muy densamente todo el cielo. Se había calmado el viento y las temperaturas eran suaves.

No tardaron en encontrarse con una no muy pronunciada hondonada que caía desde lo alto de la colina. Crecía por aquí mucha y espesa vegetación y bajo las ramas densas de un par de acebuches, se introdujeron. La sendilla parecía venir hasta este punto y ellos, enseguida vieron como una puerta abierta en el mismo terreno. Preguntó el hombre a los niños:
- ¿Es esto una cueva secreta?
Y la más pequeña aclaró:
- Sí y no. Tú ahora mismo cierra los ojos, yo te guío y no preguntes ni desees ver nada hasta que te lo diga.
- ¡De acuerdo! Sé que es vuestro juego y como confío en vosotros, ahora mismo cierro los ojos.

Cogió la pequeña al hombre del hombro, le ayudó y animó un poco más para que siguiera caminando y los cuatro se introdujeron por lo que parecía una puerta en la tierra de la torrontera. Todos en silencio y por eso, solo unos segundos después, se empezó a oír rumor de agua. No agua corriendo ni tampoco despeñándose en cascadas sino como en sonidos de olas que se rompen contra rocas. Quiso el hombre preguntar pero como le había prometido a la pequeña silencio y confianza, se dejaba llevar. Notó que el terreno se tornaba algo cuesta arriba y luego percibió que el rumor del agua era más intenso y cercano.

El mayor de los tres niños dijo:
- Este es el sitio. Ya estamos frente a lo que deseamos mostrarte y por eso ahora te vamos a pedir que abras los ojos.
Y lentamente el hombre fue abriendo sus ojos. Poco a poco empezó a ver un paisaje extraño y al mismo tiempo bello y misterioso. Durante unos minutos, observó casi con el aliento contenido y sin pronunciar palabra. Escudriñando con detenimiento lo que descubría al frente, a su derecha y por el lado izquierdo. Y lo que veía era lo siguiente:

Situado, en lo más alto de un elevado mirador, frente a él y no lejos de los niños, se abría como un gran estanque alargado de aguad azules verdes. Aunque más se parecía a un gran lago o río que se mostraba sereno y con pequeñas olas que se mecían a los lados y se rompían en playas de arena y rocas en forma de no muy grandes acantilados. Desde donde se rompían estas olas, comenzaban a elevarse inclinadas laderas tupidas de vegetación y como asomándose a las aguas del lago azul verde que entre ladera y ladera, se remansaba. Y al fondo, por donde el alargado río se mecía y parecía perderse como dirección la Sierra Nevada, las aguas se mostraban color esmeralda con matices oro y ascuas.

Un poco a la derecha de él y del grupo de los niños, la ladera que desde las aguas subía, mostraba en todos los altos un pequeño edificio. Justo por donde el hombre quería intuir los edificios de la Alhambra, pero en el exterior de esta gran gruta o cavidad en las entrañas de la colina. La pequeña del grupo preguntó al hombre:
- ¿Conoces tú este lugar?
Y el hombre respondió:
- Desde hace mucho tiempo, muchas veces lo he intuido y en el fondo, a lo largo de mis días, lo he necesitado. Y de aquí, que lo haya imaginado más de mil veces en mis sueños.
- ¿Y te gusta?
- Mucho.
- Pues ahora, antes de que nosotros te mostramos lo que ya hemos comentado ¿Por qué tú no nos cuentas lo que el otro día nos dijiste?
- Pero antes respondedme a una pregunta.
- ¿Qué pregunta?

El hombre se movió un poco para el lado del centro, se asomó por aquí a donde el terreno formaba como un acantilado, dejando ver en el fondo como el comienzo del lago entre laderas remansado. Preguntó a los niños:
- Me dijiste que en aquellas laderas de enfrente, tenéis algo muy especial que solo vosotros conocéis.
- Y te confirmamos que esto es así.
- Y para llegar hasta aquel lugar ¿por dónde cruzáis y las aguas de este lago?
- Por aquí mismo.
Y el hombre abrió mucho sus ojos para ver bien el terreno que los niños le indicaban. Dijo:
- Si por aquí solo veo agua y no hay puente alguno.
- Eso lo sabemos pero ¿quieres ver cómo lo hacemos?
- Claro que quiero verlo.
- Pues ahora mismo te lo mostramos.

La pequeña miró a los amigos y estos, sin pronunciar palabra, entendieron lo que ella le pedía. Sin perder tiempo, los tres se quitaron solo algunas de las ropas, caminaron pausadamente, se acercaron a las aguas, metieron sus pies y manos en ellas y, sin perder más tiempo, acompasados, se pusieron a nadar dirección a la orilla de enfrente. Desde su lugar en el terreno algo más elevado y no lejos de las aguas, el hombre miraba al grupo de los tres niños y no salía de su asombro por lo que comenzó a ver. Observaba como los tres niños, casi sin dificultad ninguna y como si se tratara de un juego, surcaban las aguas azules y verdes. En nada de tiempo, alcanzaron la orilla de enfrente, salieron de las aguas y se movieron para la izquierda. Para el lado donde, en lo más elevado del terreno se veía la blanca casa que minutos antes habían observado los niños junto a él.

Tan asombrado estaba por lo que en los niños se veía, que se preguntó: “¿Cómo es posible que estas criaturas tan jóvenes, sepan realizar lo que con mis ojos acabo de ver? Sé que alguna explicación debe haber en esto que yo no conozco ahora mismo. En cuanto regresen a esta orilla, tengo que pedirles que me lo aclare”. Pero no regresaron enseguida a donde él estaba. Vio como otra vez los tres, ahora cada uno desde un punto diferente, se echaron a las aguas y de nuevo a nadaron. No en dirección a donde el hombre se encontraba sino cada uno hacia puntos distintos en la orilla de enfrente. Pisaron tierra otra vez, por la ladera caminaron y en la curva de un caminillo que surcaba la pendiente como hacia la casa en lo más elevado del terreno, se pararon. Miraron para la orilla de enfrente, deseando ver al hombre amigo que por aquí habían dejado y de pronto, el mayor de los tres anunció:

- Mirad lo que se ve allí, junto a nuestro amigo.

Junto al amigo, se había parado una niña. No pequeña, sino de unos doce años, bastante alta, de cuerpo más bien regordete, de cara algo redonda con tez muy fina y color un poco moreno. El hombre le preguntaba a la pequeña:
- ¿Cómo es posible que te vea tan joven y bella como cuando jugábamos juntos en los años de nuestra niñez?
Y ella respondía:
- Es cierto que ya han pasado tantos años, que soy vieja, muy vieja. Pero tu mente, corazón y alma, me recuerdan y añoran no como fui después y soy ahora sino tal como era cuando jugábamos en nuestra época de niños. ¿Cómo es posible que tú nunca te hayas venido de aquellos días y momentos y me mantengas viva y bella en tu corazón?
- Eso no lo sé pero sí es cierto que te recuerdo una y otra vez tal como eras entonces. ¿Puedo darte un abrazo?

Y la pequeña, tal como estaba en el lado derecho del hombre, se acercó un poco más a él, recostó su cabeza sobre el pecho del que tenía a su lado y dijo:
- Abrázame con la delicadeza que siempre has reservado en tu corazón para mí. Sigo siendo aquella jovial, hermosa y simpática niña con la que tú jugaste hace ya tantos años.
Acarició el hombre la cara de la pequeña, ahora ya recostada sobre su pecho y experimentó un gozo inmenso. Ella, por un momento, enmudeció y pasado un rato, el hombre le preguntó:
- ¿Y qué haces aquí ahora y por qué sigue siendo niña como en aquellos tiempos?
- En mi vida real, tal como creo sucede en la tuya, ya no soy la niña de aquellos tiempos. Los años me han hecho vieja, los problemas me han roto y la salud, se va de mi cuerpo poco a poco. Pero tú me recuerdas y me llevas en el alma con la misma frescura de aquellos días de nuestra niñez. Algo muy grande, sabio y poderoso, permite que se conserven frescos e inalterables los juegos y sueños de los años en que éramos niños. Por eso tú no me olvidas y siempre me recuerdas como si aquellos momentos y días, permanecieron intactos.

Reflexionó un momento el hombre lo que la pequeña le decía y a continuación preguntó de nuevo:
- ¿Y este lago aquí en el corazón de la colina de la Alhambra y estos niños por aquí jugando?
- Es la fantasía de sus sueños de niños, semejante a lo que tú y yo imaginábamos cuando éramos como ellos.
- Pero entonces ¿no es el real el espacio que aquí vemos ni este lago ni sus aguas azules?
- Nada de esto es el real pero en su imaginación y fantasías, sí que lo es. Estos escenarios, son su mundo, paraíso particular y sus secretos más bellos. Lo mismo que son para nosotros los recuerdos y vivencias de la etapa de nuestra infancia.

Sintió el hombre, en estos momentos, el canto de un mirlo y, algo más cerca de las aguas y por donde la vegetación era espesa, los trinos de un ruiseñor.
Miró para su derecha y en la rama de un árbol que tenía cerca, vio un pequeño nido. Maravillosamente construido de pasto, hebras finas de hierba y plumas pequeñas. Tal como estaba frente al lago y con el cuerpo y cabeza de la pequeña como dormida sobre su pecho, alargó la mano hacia la rama donde se veía el nido. Atrajo un poco esta rama hacia él al tiempo que también tiraba de ella hacia abajo con la intención de ponerla a la misma altura de la cabeza de la niña. Abrió ella mucho sus ojos y muy quedamente susurró:
- Lo mismo que aquel día cuando íbamos por la ladera de los pinos. ¿No te acuerdas?
- Lo recuerdo con la misma fuerza y frescura como si hiciera un momento que hubiera ocurrido.
- Estaba llegando la primavera y, tal como ahora mismo, las avecillas llenaban toda aquella ladera. Palomas torcaces, currucas, tórtolas, mirlos, gorriones montesinos, alondras... ¡Qué hermosos eran todos aquellos paisajes y qué lejos han quedado ya en nuestras vidas! ¿Hace mucho que no vas por aquellos lugares?

No respondió él al instante a esta pregunta. Dejó que se hiciera el silencio mientras la pequeña también permanecía muda como soñando o esperando algo grande y bello. Luego, el hombre, también como sumido en un mar de nostalgia, comentó:
- Mucho, mucho tiempo hace que no voy ya por aquellos paisajes. Y los recuerdo lo mismo que a ti, casi cada día y momento. Pero ya sabes lo que siempre pensé: las cosas y las personas, llegan, hay que amarlas y vivirlas intensamente en ese momento y luego, cuando el tiempo nos aleja de estas cosas y personas, también hay que ser valientes y desprenderse para siempre de ellas. Nada en este mundo permanece para siempre tal como lo experimentamos al principio. Todo pasa, se aleja o se marchita y, aceptar esta realidad, alejamiento, desaparición y muerte, es lo más inteligente.

Fueron muy hermosos aquellos días en la grandiosidad de aquellos impresionantes paisajes y por eso los recuerdos y quisiera volver a verlos. Pero no iré nunca más por allí ni pretenderé volver a vivir lo que fueron aquellos días. Las cosas y las personas llegan y cuando se marchan, donde únicamente hay que conservarlas, es en el corazón, en el alma, en lo más limpio del espíritu. Ahí donde existe el cielo y la eternidad lo conserva todo con la pureza más auténtica.

En este momento, del lado donde se encontraban los tres niños y casi en lo más alto de la colina, por donde se alzaba el blanco edificio, se vio descender una paloma torcaz surcando el espacio. Parecía como si viniera derecho hacia ellos dos pero, justo a solo unos metros, se posó en unas de las ramas del árbol que tenían a la derecha. Tanto él como la pequeña, observaron con interés a esta ave y ninguno pronunció palabra. Como si no tuvieran claro por qué venía desde el lado de los niños y, tan confiadamente, se posara a solo unos metros de ellos. Y vieron como el animal, nada mas pararse en la rama del árbol, tranquilamente se puso a retocarse las plumas con su pico. Dando la sensación de no mostrar miedo alguno. Él y la pequeña, alzaron sus ojos hacia la ladera al otro lado del lago, e intentaron localizar el punto exacto en que encontraban los tres niños.

Los descubrieron ya muy desdibujados en la distancia, coronando la parte más alta de la colina que remontaban. Preguntó la pequeña a su amigo:
- ¿Nos traerá algún mensaje está paloma?
- Parece que sí, por su forma de comportarse pero yo no soy capaz de descifrarlo.
Y le recordó ella:

- Cuando recorríamos aquellos paisajes y, en especial, por aquella ladera de los pinos ¿no te acuerdas que siempre las aves parecían no asustarse de nosotros?
- Recuerdo esto y también recuerdo como en algunas ocasiones, los pájaros que por allí había, revoloteaban de un lado a otro como a nuestro encuentro.
- ¿Y por qué sucedía aquello?
- Nunca lo adiviné y sí que muchas veces me lo pregunté y aun me lo sigo preguntando.

Y te digo esto, porque aun ahora que ya no soy el niño de aquellos tiempos ni surco los paisajes que tanto nos gustaban en nuestra infancia, me siguen ocurriendo cosas parecidas.
- ¿Qué cosas son estas?
- Como ahora ya soy viejo y los años me pesan, junto con mi soledad y la espera, las tardes que puedo y tengo fuerzas, salgo a pasear. Casi siempre recorro algunas de las estrechas calles del barrio del Albaicín, visito el famoso mirador de San Nicolás y bajo luego por la Cuesta del Chapiz hacia el río Darro. No es que me guste mucho lo que por aquí hoy veo pero el destino me ha hecho recaer en este rincón del mundo y, como tantas otras personas, debo conformarme con lo que me ha tocado vivir. Muy pocos en este mundo pueden escoger y vivir exactamente aquello que les gusta. Y aunque pudieran, las personas que tienen medios y dinero, yo ya he llegado a la conclusión que el lugar donde uno mora, al final, casi nada importa en esta vida. Todos los sitios, en realidad, son los que son y respiran y palpitan, aunque no lo creamos, indiferente a la humanidad y a nuestra alma y corazón. El lugar donde uno vive, carece por completo de valor ya que, en el fondo, en nosotros mismos tenemos la esencia más pura y real del universo entero.

Por eso te repito que donde ahora vivo, ni me gusta ni tampoco lo contrario. Pero sí, cuando recorro las calles y plazas de este barrio del Albaicín, me fijo en muchos detalles y también en las personas que por aquí voy encontrando. Es mi interés más concreto porque aprendo y algo me ayuda para llenar mis días y minutos de soledad. Y como en muchas casas y plazas de este barrio del Albaicín hay jardines y bastante variedad de árboles, las aves también abundan por aquí. Sobre todo, mirlos, tórtolas y petirrojos. Al acercarme a alguna de estas plazas o casas con jardín, casi siempre alzan vuelo los mirlos, lanzando al mismo tiempo, su característico rosario de chillidos. Algo así como si estas aves, me intuyeran antes de verme y les alegrará o no mi presencia.

A mí también me sorprende, como nos sucedía cuando de niños recorríamos aquellos paisajes rocosos y poblado de bosques, el comportamiento de estas aves. Tanto que algunas veces he pensado que mi persona irradia algo especial, negativo o no, que estos pájaros captan y por eso alzan vuelo y lanzan al aire su estridente escandalera. Esto me sucede, como te decía casi todos los días cuando recorro las calles del barrio hacia el río Darro. Y cuando llego a este río, por el puente del Aljibillo y Paseo de los Tristes, el espectáculo es más llamativo.

Por ahí, junto al cauce de este río, en la ladera que cae de la misma Alhambra y al edificio del Generalife, la vegetación es mucha y variada. Árboles y arbustos, en todos los tamaños y especies que alegran mucho y levantan el ánimo solo con observarlos.Y más levantan el ánimo y contagian paz y armonía, cuando la primavera se presenta. Primero, se cubren de flores los almendros, después echan hojas nuevas, momento en el cual también se cubren de nuevas hojas los almeces, sauces, álamos higueras y moreras. Pocos días después de esta eclosión de primavera, florecen las retamas, algunas aulagas, las lavandas y las hierbas: jaramagos, amapolas, margaritas, ajos porros y malvas. También en estos momentos, todos estos bosques que te digo, se van cubriendo cada vez más de verdes intensos y muy puros. Algo así como si la vida empezara por primera vez en todo el planeta Tierra. Cosa que a mí me cuesta imaginar porque es hermoso y da sentido a la monotonía de los días y ayuda a olvidar los disgustos tontos que los humanos generamos unos contra otros.

Por todo esto y más cosas que ahora mismo no te cuento, yo valoro mucho este original rincón de Granada, con el río corriendo a los pies de la Alhambra. Ahí mismo, en el muro del puente del Aljibillo, me siento muchos días y mientras dejo pasar el tiempo y gozo del fresco airecillo que siempre por este lugar corre, me distraigo con la presencia de las avecillas que entre la vegetación del río, siempre hay. Mirlos, más que otras aves y son, como ya te he dicho, los que más adivinan y les gusta o molesta mi presencia. Al llegar a este lugar o cuando llevo un rato sentado en el muro del puente, parece que intuye que ya estoy aquí.

De entre las zarzas por el lado de arriba del puente, muchos días al presentarme yo, levanta vuelo el mirlo macho. Su color es negro intenso y su pico, reluce amarillo fuerte. Lo distingo bien de la hembra que es algo más pequeña, con un negro desvaído y no tan amarillo su pico. Este macho mirlo, en cuanto capta mi presencia, se escapa de entre las zarzas, comienza a gritar como asustado y, en un vuelo elegante y muy seguro, se mete por el único ojo que el puente Aljibillo tiene. Casi al instante aparece por el otro lado como siguiendo la dirección en que las aguas corren y, sin parar en su griterio, se introducen por entre las ramas del almez que ahí mismo crece. Un viejo y robusto árbol que clava sus raíces en las piedras del muro de este puente y que regala, en primavera, verano y parte del otoño, una muy generosa sombra que agradecen mucho los turistas que por aquí pasan. En otoño, este árbol pierde sus hojas y de las ramas, cuelgan racimos de frutillas marrones oscuras.

Les gusta mucho a los mirlos estás bayas, almecinas. Y quizá por eso en otoño, por entre las ramas de este árbol, me lo encuentro con frecuencia. Pienso que también quizá por esto, el mirlo macho de las zarzas, en cuanto me ve o intuye, se refugia en esta almez gritando. Creo yo que pensará él que le voy a robar su alimento o el árbol que de alguna manera le pertenece. De aquí que casi siempre se pare en alguna rama cerca de mí, donde se queda un buen rato, nervioso y sin dejar de chillar. Algunas veces me pregunto: “¿Me estará observando porque le interese saber quién soy y lo que hago por aquí? ¿Tendrá este ave capacidad de estudiar a las personas y saber quiénes somos y los sentimientos que en nuestro interior hay?”

Cuando lleva un rato moviéndose nervioso o como curioseando por entre las ramas del árbol, deja de chillar. Transcurrido un rato más, hay días que se pone a cantar melodías vibrantes y bellas, no muy variadas pero sí originales que alegran mucho. O al menos a mí, me levanta mucho el ánimo los cantos de este mirlo y puede que hasta sea ésta una de las razones por la que cada día me apetece venir a este puente y sentarme a la sombra del viejo almez. La presencia de este mirlo y su singular canto, junto con sus movimientos nerviosos, sus chillidos de enfado o aviso, se han convertido en mi vida en algo

importante. ¿No te acuerdas tú, cuando de pequeño íbamos por allí, lo mucho que nos gustaban los revoloteos y cantos de las aves que por aquellos parajes había?

Y a esta pregunta, la niña que recuesta su cabeza sobre el pecho del que frente al lago reflexionaba, solo comenta:
- Me acuerdo de esto que me dices y de otras cosas que en aquellos días vivimos y parece que el tiempo y algún ser superior, han alejado vivas en nuestros corazones para siempre.
Por un momento se hizo el silencio y esto dio lugar a que, allá a lo lejos y al otro lado del lago, percibieran ellos como sonidos de instrumentos musicales. No muy claramente pero sí como en notas aterciopeladas y fundidas con el suave vientecillo que delicadamente se movía.

Preguntó la pequeña a su amigo:
- Y este mirlo que me dices ¿también se comporta de igual modo ante la presencia de otras personas?
- Ni mucho menos. Ante la presencia de otras personas, he observado que prescinde por completo de ellas. Tanto es así que un año, cuando ya la primavera estaba en su mitad, realizó algo que de nuevo me sorprendió. Al llegar yo una tarde a la sombra del almez que te he dicho crece en este mismo muro del puente, noté algo en él que otros días no había visto. De entre las zarzas alzó vuelo, como era su costumbre y chillando, rápido se vino a las ramas del árbol. Y se paró, en esta ocasión, más cerca de mí que otras veces. No chillaba ni tampoco entonó sus melodías habituales. En la delgada rama, se quedó quieto y comenzó ha observarme. De vez en cuando, emitía breves sonidos, no en forma de melodías sino como si estuviera molesto por algo. Eran sonidos cortos, como burbujas no muy grandes que explotaran secamente.

Me dije: "¡Qué raro! Algo sucede por aquí que le tiene intrigado". Miré buscando y, de pronto, lo descubrí: allí mismo, en una rama no muy gruesa que caía hacia la acera de la calle y a una altura que casi podía tocarse con la mano, había un nido. No dudé un momento de que este mirlo era el dueño y señor de tal nido. Por eso reflexioné: "Ya está claro: hoy se muestra nervioso porque a verme aquí, ha pensado que voy a quitarle el sonido. Pero no, puede quedarte tranquilo que ningún daño voy a hacerte". Me dije esto y también pensé que, de alguna manera, podría entenderme.

Quise examinar para ver si en el nido ya había huevos. No lo hice. Tampoco a la tarde siguiente ni durante varios días. Hasta que una tarde, pasadas algunas semanas, cuando estaba sentado a la sombra de este almez, descubrí que en el nido, ya había crías. Venían los padres, la mirla hembra y el mirlo macho, sin parar una vez detrás de otra al nido con alimentos para sus pequeñuelos. Vi que eran tres y que, al llegar sus padres, abrían los picos rápidamente y, mostrando el amarillo intenso del interior de sus bocas, pedían comida con feroz insistencia. Observé despacio y me llené de asombro por varias cosas: por la delicadeza y tenacidad que estas aves mostraban en el cuidado y alimento de sus crías, por la osadía de los dos mirlos padres al haber hecho el nido en la rama más baja del almez y casi en la misma calle y por el comportamiento de las personas que no paraban de ir de un lado para otro.

Tanto turistas como personas residentes en este barrio, se movían sin descanso. Y todos, al pasar por aquí, de alguna manera se sorprendían pero nadie hacía daño al nido ni a las aves. Prestar atención yo a estos detalles y me decía: "Sin duda que las personas y la humanidad en general, hemos ido creciendo en sensibilidad hacia la naturaleza y los seres vivos que la habitan. Y creo yo, en mi modesto entender, que esto es bueno. Cuanto más respetemos y seamos buenos con las plantas y animales, más creceremos los humanos en nobleza, armonía y paz entre nosotros y todo lo que nos rodea. Y claro que pienso que este es un camino correcto hacia la perfección de la creación y todo lo que existe en el universo. Camino hacia el fin de las guerras, las luchas y el egoísmo entre las personas y el cultivo y desarrollo de la belleza y perfección".

Estás eran más o menos mis reflexiones, las cuales daban lugar en mi interior a sensaciones y momentos gozosos y amables. A pesar de lo solo que ya te he dicho a veces me siento y la poca ilusión que ya tengo casi por nada en esta vida. De estos ratos y encuentros con el mirlo y el almez en el puente del Aljibillo, ha ido naciendo en mí una muy bella y original sabiduría y visión de las cosas y personas. Era y es algo así como si cada día asistiera a una clase muy original en una universidad grande, no desarrollada directamente por las personas y dirigida por un director general, tal como conocemos en el mundo en que vivimos. Maravillosa realidad que como te digo ennoblece mucho y deja en paz.

Desde el momento en que descubrí el nido de mirlo, fui siguiendo cada tarde su proceso y acontecimientos. La etapa en que los pajarillos crecían, fue para mí cada día más interesante. Cada tarde a llegar al puente, mis ojos se iban a las ramas donde estaba el nido de estos mirlos. Enseguida aparecían los padres, algunas veces, molestos o nerviosos, manifestándolo con sus alborotos y otras veces, trayendo comida en sus picos para las crías: trozos de lombrices, algún insecto, migajas de pan o alimentos que alguna persona había dejado por las orillas del río y hasta trozos de frutas. Todo muy sencillo, en armonía con la naturaleza y con una gran carga del misterio de la vida y la perpetuación de las especies.

Pero un día, cuando por la tarde llegue al puente, antes de sentarme en el muro, busqué con mis ojos la rama donde siempre había visto el nido. Sabía que las crías de los mirlos estaban ya muy crecidas. Varias tardes antes, las había visto asomadas al borde del nido, siempre como aplastadas y muy quietos. Como si temieran que alguien las viera y las atacara. Las crías de estas aves y la de otros muchas, esta es la actitud que toman en el nido según van creciendo. Permanecen muy quietas y sin hacer ruido para, de este modo, no ser descubiertos por sus enemigos. La naturaleza tiene sus misterios y todos los seres vivos, su forma de comportarse según la información que hay escrita en los genes.

Y esta tarde que te digo, al mirar para la rama del nido, no vi ni lo primero ni lo segundo. Sí, al instante, descubrí la brecha que el árbol mostraba por donde la rama había sido desgajada. Me pregunté: "¿Qué habrá pasado aquí? Ni ha hecho viento estos días ni las tormentas han aparecido, algunas de las causas por la que se pudiera haber partido la rama". Miré, y en ese mismo momento, vi a un hombre mayor que conocía de encontrarme con él algunas veces por las calles del barrio. Nunca lo había tratado pero, de verlo una vez y otra, sabía que no era extranjero. Sin más, le pregunté:
- ¿Sabes tú lo qué puede haber pasado con la rama de este árbol?
Y sin titubear, me dijo:
- Claro que lo sé. ¿Quieres que te lo diga?

- Me interesa mucho, no tanto por la rama del árbol sino por el nido de mirlos que en esta rama había.

Me dijo el hombre:
- Anoche, al poco de oscurecer, pasaron por aquí unos jóvenes. Venía bien borracho y por eso gritaban y echaban pestes contra todo ser viviente. Las personas, todos los que por aquí en ese momento estábamos, nos sentimos muy molestos. Pero como tú puedes intuir, nadie quería decirles nada. Las personas pacíficas, huimos de los problemas y, en circunstancias como estas, todavía más. Estos jóvenes, bajaban como por el camino de la Fuente del Avellano. Lo primero que hicieron a llegar a este puente, fue irse directamente a los contenedores que para la basura, ahí mismo coloca el Ayuntamiento. Al grito de "somos los más valientes", los tres individuos, empujaron estos contenedores, los arrastraron desde aquel lado hasta este muro del río y por ahí mismo lo voltearon para las aguas del cauce.

Al caer estos recipientes en las aguas del río, los tres jóvenes explotaron en ruidosas y estúpidas carcajadas. Algo así como si se sintieran orgullosos de la hazaña y victoriosos de una importante batalla. Pero lo que en realidad parecían, eran auténticos payasos con la cabeza vacía y sus corazones llenos de paja. La proeza, aun les animo más proclamando su valentía a voces limpias, chorros de carcajada y palabras sin sentido. Todas las personas que por allí pasábamos, nos fijábamos en ellos, sintiendo enfado y disgusto. Ya te dije que ninguno nos atrevíamos a decirle nada y menos recriminarles sus comportamientos.

Desde aquel lado del río, se vinieron para el puente. Lo cruzaron y al llegar a este lado, torcieron para la derecha, por donde el almez clava sus raíces en el muro. Y justo al pasar por aquí, asustados por la escandalera que los tres iban lanzando, de las ramas del nido, alzaron vuelo los mirlos padres. Los jóvenes, al ver y sentir los chillidos de estas aves, exclamaron:
- ¡Tío, mirad lo que hay aquí!
Los tres se pararon, se fijaron en la rama donde se encontraba el nido y, durante un rato, se mantuvieron en silencio. Luego, el que de los tres se manifestaba como líder, gritó:
- ¡A por ellos!

Los tres a una, se agarraron a la rama, tiraron fuerte de ella, saltaron del nido los mirlos jóvenes, crugió la rama y al instante, con esta misma rama, golpearon a las crías de mirlo con la intención de que no escaparan. En nada de tiempo, destrozaron la rama, el nido y machacaron a las aves. Uno de ellos, cogió el nido, otro la rana y el tercero, las tres aves ya sin vida y por encima del muro del río, lo echaron todo hacia el cauce. Sobre las aguas y muy cerca de los contenedores de la basura, cayeron rama nido y aves mientras los jóvenes se pavoneaban de su epopeya. En medio de este alboroto y ruido, se oían los lamentos de los padres mirlos y se veían dando voladas de acá para allá, muy asustados y nerviosos, con el deseo de proteger y salvar a sus crías. Nada pudieron hacer y por eso, al poco y mientras los jóvenes comenzaban a irse por el Paseo de los Tristes abajo, los mirlos padres, revoloteaban una vez y otra por entre las ramas del árbol. Como buscando el nido y a sus crías. Al poco se quedaron en silencio por aquí observando y luego, todo se sumió en un silencio aún más grande.

La corriente del río arrastró a las crías del mirlo, al nido y a las ramas de almez y ninguna de las personas que pasaban por aquí y vieron el espectáculo, hicieron nada para detener la acción de estos jóvenes. Todos nos sentíamos indignados y muy enfadado por lo que hacían estos muchachos y ninguno quisimos intervenir. Ya sabes tú: el miedo a salir mal parado como sucede algunas veces cuando intervienes en asuntos como éste. Y esto es todo. Me has preguntado por lo que ha ocurrido en la rama de este árbol almez y ya te he dicho lo que he visto y sé.

Guardó silencio este hombre conocido mío y yo, después de darle las gracias, también me mantuve en silencio. Como otras veces, me senté en el trozo del muro que cubre la sombra del almez, mirando a las heridas de la rama rota en el árbol. Me sentía mal y por dentro la tristeza me inundó el corazón. Para defenderme a mí mismo e intentar que no me doliera lo que estaba viendo y acababa de oír, me propuse dejar mi mente en blanco. Me conozco ya desde hace mucho tiempo y sé que lo paso mal cuando las cosas o personas me dañan o cuando veo problemas y sufrimientos en los que tengo cerca. Y para liberarme de ratos malos y congoja en mi corazón y alma, he ido aprendiendo que lo mejor es no pensar en lo que me hiere ni en las personas, su dolor y penas.

Sé que, proceder así, es una postura egoísta pero también sé que casi nunca se puede o al menos yo no puedo, resolver la mayoría de los problemas y sufrimientos que a diario me encuentro por aquí y por allá. Dejar la mente en blanco y prescindir de lo que me puede afectar, es la forma que yo he encontrado para evadirme de la realidad de este mundo. Hacía esto y, de alguna manera, también meditaba en mi corazón: "Desde luego que el proceder de estos jóvenes, tiene algo de rebeldía y descontento con el mundo. Parecido a lo que a mí siempre me ha sucedido. Pero también tengo claro que de esta manera, no se mejoran ni las cosas ni las personas ni este mundo. Crear dolor en los otros o romper naturaleza, a ningún ser humano le hace mejor. Y destruir motivado por los problemas, enfado o disgustos que haya en nuestros corazones, de ningún modo va servirnos para curarnos. Pero en fin, que Dios reparta suerte y también nos dé algo de paz, cordura y armonía".

Reflexionaba estas cosas cuando de pronto, vi al mirlo macho posarse en la rama del pequeño álamo que crece casi bajo el puente. Aquí se quedó inmóvil por completo en esta rama y como esperando al mismo tiempo que me observaba. Lo observé yo a él durante un buen rato y apenas hice movimiento alguno por temor a que se asustará. Pensé que, como otros días, en algún momento podría ponerse a cantar pero no fue así. Se le veía como clavado en la delgada rama que se inclinaba para la corriente del río, con las alas un poco caídas y sin moverse para nada. Me dije: "Bastantes veces he oído que las aves ni tienen sentimientos ni alma ni corazón. Cosa que puede ser cierto pero lo que ahora mismo veo en este mirlo parece un comportamiento racional. Tenía su nido y ya grandes sus crías, en la son ramas de este almez y se lo han destruido. Algo en su interior debe dolerle o sentir vacío que le empuja a permanecer en este rincón y mantenerse como la espera".

Durante más de media hora, seguí sentado en el muro del puente y pendiente de esta ave. Seguía sin moverse, no entonaba canto alguno y sí parecía observarme. Movía su cabeza como con pesadumbre y parecía ignorar lo que ocurría por todo este entorno. Ni siquiera los perros de los hippies que bajaban por la sendilla al río, le sacaban de su quietud concentrada. Pasados casi tres cuartos de hora, me levanté de donde estaba sentado. Lo observé brevemente como en una despedida y me

puse en movimiento. Poco a poco me fui alejando del lugar y regresé a donde vivo. Pensé en este mirlo y en sus circunstancias varias veces a lo largo de la tarde y de la noche y, al día siguiente volví otra vez al puente.

¿Sabes? Este pequeño puente conocido con el nombre del Aljibillo, desde hace tiempo y poco a poco, se ha ido convirtiendo para mí en algo muy importante. Como un símbolo en estos últimos días de mi vida, donde consumo cada tarde un trozo de tiempo, mientras espero, bebo en silencio mi pena y dejo que la soledad se pasee por mi alma. Y como ahora ya son tantas las tardes que a este puente he acudido, se me ha ido desarrollando en el alma como una necesidad. Algo que con nadie comparto excepto con el Dios en el que creó y con mi corazón. De todas las escenas, hermosas muchas de ellas y otras no tanto que a la sombra del almez y en este puente he vivido, tengo algunas muy interesantes. Y en bastante de estas vivencias, los protagonistas son personas jóvenes. En especial, estudiantes universitarios y turistas con mochilas. De las primeras, podría narrarte vivencias muy hermosas y dulces, de Sonia, la estudiante universitaria de Alemania. Delgada ella, de tez blanca y cara redondita, no muy alta y con melena rubia. Su hablar es dulce y su voz, muy melodiosa. Su trato es delicado porque deja traslucir un corazón muy limpio y sus comportamientos es por completo noble y confiado. Como el carácter de una niña sin maldad pero muy inteligente y abierta siempre a las cosas buenas que las personas podamos transmitirle. Algo así como éramos nosotros, según decían nuestros padres, cuando de pequeños recorríamos aquellos paisajes boscosos lleno de encinas y pinares.

Pero en fin, vuelvo a lo que te venía contando de los mirlos. Cuando en esta especial tarde de primavera, volví de nuevo al puente del Aljibillo, no busqué a Sonia ni a las otras singulares personas que te decía por aquí he ido conociendo. Mi pensamiento, enseguida recordó a los mirlos y mis ojos, buscaron por entre las ramas del almez y del álamo. No los vi ni tampoco oí sus cantos. Me asomé al río por encima del muro y miré con más interés. Y ahora sí los vi. Primero a la hembra, sobre la tierra del caminillo, muerta. Por completo inerte, con sus alas un poco abiertas y la cola como en un singular abanico.

Sentí un pellizco en el corazón y luego me envolvió cierta tristeza. Me pregunté: “Y el macho ¿por dónde andará?” No tardé en saberlo. Un poco más abajo y casi donde el caminillo se encontraba con las aguas del río, también estaba muerto. Se veía su brillante pico amarillo, como alzado un poco y apuntando hacia el lado de arriba que era por donde la hembra permanecía sobre la tierra del caminillo. Al ver este cuadro, mi corazón aun se llenó de más tristeza y mi mente hasta se nubló.

En este punto del relato, el hombre amigo de los niños y que estaba parado frente al misterioso lago, interrumpió su narración. Sobre su pecho y muy pegado al corazón, la pequeña que había venido a su encuentro, permanecía como dormida. Había escuchado ella, muy quedamente y por completo en silencio, el relato que el hombre había desgranado. Como gustando cada palabra o como saboreando en su mundo interno, las imágenes y sentimientos que de la boca del hombre iban saliendo. Y ahora, cuando éste parecía haber puesto punto y final, la pequeña notó que sobre su rostro caían pequeñas gotas líquidas muy cálidas. Intuyó enseguida que eran las lágrimas que brotaban de los ojos de su amigo. Nada dijo ella pero sí miró para el árbol que tenía a su derecha. Entre las ramas, vio la paloma torcaz que hacía un rato aquí se había parado.

Pensó algo y se disponía a preguntar a su amigo, cuando como de la orilla del lago, a su derecha y de entre un bosquecillo, alzó vuelo un mirlo. Veloz se vino volando hacia ellos al tiempo que emitía su característico rosario de chillidos. Pasó casi rozándolos y enseguida se perdió como por la parte de atrás. Y fue justo éste el momento en el que hasta ellos llegó el aroma de un perfume muy suave. Como de jazmín y azahar, mezclado con romero y notas de limón. Ahora sí preguntó la pequeña:
- ¿De dónde brotará este aroma tan bueno?
Dijo él:
- Yo sí que no lo sé porque desconozco por completo estos lugares.

Fue más intenso, en este momento, el aroma que hasta ellos le regalaba el vientecillo. Y, justo también ahora, comenzaron a oírse acordes de música muy bella. Surgían como del lado de la colina por donde los tres niños amigos del hombre, se habían ocultado. De nuevo pregunto la pequeña:
- ¿Y esta música tan suave y delicada?
No respondió a esta pregunta él porque sus ojos, se fueron clavando en las aguas por las parte de arriba del lago, al frente y algo a su izquierda. Pasaron unos segundos y entonces dijo:
- Por allí vienen.
Pregunto ella:
-¿A quién te refieres?
- Son ellos, los tres niños que me han traído hasta este lugar.
Miró la pequeña y también los vio. Surcando la azul y verde superficie del plácido estanque, avanzaban ellos nadando muy en armonía y como dejándose arrastrar por la imperceptible corriente de las aguas. Los tres casi a la par y como escoltando a la niña, en el centro. Expresó el hombre:
- ¡Qué aventura más interesante se les ocurre a estos pequeños!

Desde la colina al otro lado del lago y donde en todo lo alto le resaltaba como atalaya el blanco edificio, surgían ahora sonidos de música muy dulce. Marcando el ritmo con cadencia muy suaves y a cuyo compás, parecían moverse y avanzar los tres niños.Dijo la pequeña que acompañaba al hombre:
- Si te conocen, por qué dices que eres amigo de ellos, al llegar a nuestra altura, seguro que se paran y se vienen contigo. ¿No lo crees?
- Pienso que sguro harán lo que me dices y es lo que de verdad me gustaría. Tengo que preguntarles un montón de cosas. Esperemos un poco a ver cómo se comportan cuando estén aquí cerca de nosotros.

Muy fijo en los tres niños que surcaban las aguas como hacia ellos, los dos permanecían. Y no pasado mucho tiempo, los tres singulares nadadores, se colocaban poco a poco casi a la altura del hombre y la pequeña. Pero según iban acercándose y comenzaban a cruzar, nadando muy sincronizados, a solo unos metros del hombre y la niña que le daba compañía, ninguno de los tres se fijó en ellos. Tan metidos estaban en la diversión que tenían con el agua, que hasta parecía

que nada de lo que existía a un lado y otro del lago, les importará. Su mundo, todos juego y como en la más singular fantasía, parecía acabarse en ellos mismos.

Los dos, el hombre y la pequeña que le acompañaba, con sus ojos clavados en los niños que nadando surcaban las aguas, no salían de su asombro. Dijo la pequeña a su amigo:
- Pasan y se alejan y ni siquiera nos han visto. Llámalos para que se den cuenta de que estamos aquí.
Y aclaró el hombre:
- Por un lado, deseo hacer lo que me pides pero por otro lado, estoy pensando, que debo respetar su juego. Ellos me han traído hasta este lugar que es su mundo y su rincón secreto con la intención de mostrarme algo que aun no he descubierto del todo. Me dijeron que los esperara y eso me hace pensar que van al volver. Voy a seguir esperándolos mientras tú me das compañía.

Algo confiada se quedó la pequeña pero no del todo. Por eso, pasado unos minutos en los cuales se mantenía pendiente de los tres jóvenes nadadores que se alejaban como ignorándolos, comentó a su amigo:
- Voy a seguirlos. Quiero ver a dónde van y qué es lo que por ahí harán.
Ni siquiera le dio tiempo al hombre de pronunciar unas palabras. Porque, al instante, la pequeña que tan amablemente le había regalado su afecto y ternura, como movida por un fuerte impulso interno, se alejó del hombre al tiempo que le decía:
- Espérame porque voy a volver para informarte de lo que por ahí vea y encuentre.

Por una estrecha veredilla que, desde donde estaban parados bajaba hacia el bosquecillo cerca de las aguas del lago, se puso en movimiento. Muy a prisa porque deseaba dar alcance a los tres pequeños nadadores y llamarlos en cuanto estuviera cerca. Del bosquecillo junto a las aguas, al verla y oír el tropel de su carrera, alzó vuelo un arrendajo. Nervioso vatió sus alas de colores al tiempo que por el aire derramó agudos y estridentes chillidos. Pensó ella sin aminorar el ritmo de su contenida carrera: “Como en aquellos tiempos cuando de pequeños surcábamos los bosque de las encinas. Siempre me gustaban estas aves por el color de sus plumas pero al mismo tiempo, nunca me han caído bien por la forma tan escandalosa que emplean para avisar de cualquier presencia que a ellos no le guste, a los demás habitantes del bosque”.

Muy quieto y como expectante, el hombre permanecía en el mismo lugar frente al lago. Siguiendo ahora con su mirada, muy fijamente a la pequeña que de él se alejaba. Y no tardó en comprobar algo que le cogió desprevenido. Según la pequeña amiga se alejaba como hacia la curva del lago al encuentro de los nadadores y por donde el bosquecillo, el paisaje comenzó a teñirse como de sombra. La radiante luz, semejante a un día muy soleado y que en todo momento había observado por todo el territorio que antes sí tenía, parecía desaparecer lentamente. Algo así como cuando al caer la tarde, el sol se apaga y la sombra de la noche comienza a cubrir la tierra. Se sorprendió de este fenómeno al mismo tiempo que también hacía mucho rato que le sorprendía la radiante luz que iluminaba todo el misterioso y hermosísimo paisaje que estaba mirando.

Pensó algo y tentado estuvo de llamar a la pequeña que de él se alejaba. No lo hizo y sí miró para los paisajes que tenía al frente. Por donde, en lo más alto de la montaña, resaltaba la misteriosa casa blanca, ahora comprobaba que la oscuridad también lo iba borrando todo. Lo mismo sucedía por la curva del lago por su lado izquierdo, que salía como de por detrás de las montañas y era por donde los tres pequeños habían aparecido nadando. Y ahora sí pensó: “Sí la oscuridad sigue avanzando y cubre por completo, de igual modo en que cualquier noche en el mundo real ¿qué va a ser de estos tres amigos míos y de la pequeña, compañera de infancia?”

Y no tuvo tiempo de reflexionar mucho más. La oscuridad continuó avanzando casi imperceptiblemente pero sin detenerse. Los paisajes se borraban por completo al tiempo que también el silencio se espesaba. Dejó de oírse el canto de los mirlos y el trino de algunos ruiseñores que, por entre las alamedas al borde de las aguas, varias veces había escuchado. Y, cono en un abrir y cerrar de ojos, la oscuridad fue total, el hombre sintió algo de temor. Llamó varias veces a la niña que se le había aparecido y ahora se había esfumado. No recibió ninguna respuesta ni tampoco de los tres pequeños que, solo hacía un momento, había visto nadando. Buscó en su mente una solución con el deseo de proceder lo más correcto posible y lo único que le parecía inteligente, era volver.

Por el agujero que en forma de puerta de cueva daba paso al recinto del gran lago, aun penetraba luz de día. Se volvió hacia este agujero, caminó despacio, apartó unas ramas de lentisco y romero que ocultaban la entrada y salió fuera. Enseguida comprobó que aun el sol no se había ocultado. Desde la misma puerta de este agujero, entre vegetación y entrada al recinto del lago, miró inmóvil. Como si necesitara adaptarse a la nueva realidad que ahora de nuevo tenía ante sí. Muchos pensamientos y emociones se agolparon en su mente y corazón pero de ninguna manera encontraba la respuesta que le inquietaba.

Desde donde ahora estaba parado, extendido al frente, se veía el blanco barrio del Albaicín. Sobre su alta y alargada colina y más cerca de él, la depresión del terreno por donde, en lo más hondo y en el mismo centro, se deslizaban las aguas del río Darro. Más hacia él y a su izquierda según se orientaba hacia el sol de la tarde, podía descubrir el bosque de la umbría de la Alhambra y las torres y murallas de este gran monumento. Mudo por completo ahora mismo, aunque bañadas, torres y murallas, por los dorados rayos del sol que por el horizonte caía. Redondo disco color llamas vivas que se iba perdiendo no solo tras las montañas del lejano horizonte sino también entre algunas nubes muy densas y negras.

Pensó: “Es primavera y por eso, en esta ladera de la Alhambra, gemela del barrio del Albaicín, las plantas muestran muchos brotes tiernos. Se abren las delicadas flores de la jara blanca, las de las retamas y jaguarzos y se dejan acariciar por el vientecillo, las rojas amapolas. Señales todas y pinceladas muy bellas de la primavera pero todavía con frío y lluvias, a ratos. Y las nubes que desde el horizonte de la tarde cubren y avanzan hacia el lugar de Granada, creo que vienen cargadas de agua. Tanto, que pienso que la lluvia puede empezar a caer en cualquier momento”. Y justo ahora el corazón del hombre se llenó nuevamente de nostalgia y miedo.

Conocía él bien los caminillos que por la ladera se dibujaban hacia el cauce del río y barrio del Albaicín, por donde vivía y sus amigos los niños. Pero justo ahora, no se animaba a recorrer estos caminillos para regresar al barrio y a su casa sabiendo que sus tres pequeños amigos estaban desaparecidos. De nuevo se dijo: "Ni siquiera sé a dónde han ido ni el peligro que corren. Si me presento en el barrio y en mi casa, solo y sin tener información de su paradero, los padres y vecinos se enfadarán conmigo. Pensarán que les he hecho daño y me juzgarán por ello. Y claro que creo que sí actúan de este modo, es porque están cargados de razón. ¿Qué puedo hacer en este momento?"

Comenzaron a caer menudas gotas de lluvia muy fría. Miró para su izquierda, por donde un no muy significativo arroyuelo, tenía tallada una hondonada no muy profunda. Vio una roca horizontal en la ladera de esta hondonada y, por el lado de debajo de esta roca, observó la cavidad de una covacha. Cavidad no muy profunda, un poco ancha y con la altura de una persona. Por su mente cruzó una idea. Sí, sin pensarlo mucho, se movió hacia esta cavidad. Se refugió en este lugar, con la intención de guarecerse de la lluvia que, poco a poco, aumentaba. Según en este agujero ya estaba refugiado, miró para el lado de arriba del barranco. Vio varias matas de lentisco y aulagas secas. Enseguida pensó: "La noche está llegando, la lluvia cae, ellos están ausentes, el frío parece aumentar y mi corazón está apenado. No puedo irme de aquí y presentarme en el barrio y en mi casa sin mis amigos, sin saber dónde están y qué puede haberles pasado"

Antes de que la lluvia arreciará y la oscuridad de la noche lo arropara todo, se puso y recogió un buen puñado de ramas secas. Las amontonó en la entrada de la cavidad, donde la lluvia no las siguiera mojando y un poco más adentro, donde unas piedras formaban como un pequeño círculo, prendió fuego a un puñado de aulagas. Rápido alimentó las primeras llamas con los trozos de monte secos que había recogido y esperó un buen rato. Frente a las rojas llamas que de la lumbre brotaban y frente a la abertura de la cueva. Observó que la lluvia arreciaba por momentos al tiempo que la noche se cerraba en oscuridad total. Hasta sus oídos solo llegaba el delicado crepitar de las llamas en la lumbre que tenía a su lado, el tintineo de las gotas de lluvia que, sin parar, se quebraban sobre la tierra, piedras y monte. También, de vez en cuando rompía el silencio de la noche, el agudo ulular de los autillos y los maullidos de un par de mochuelos.

De nuevo se dijo: "Si no fuera por el disgusto que ahora mismo tengo en mi corazón por la ausencia de los niños amigos míos, qué hermoso, trascendente, misteriosamente espiritual y perfecto sería este momento. Tan hermoso y único ahora siento este lugar y momento que hasta pienso que ni siquiera los reyes de la Alhambra, los de aquellos lejanos tiempos, los que llegaron después y los que ahora ocupan estos palacios, disfrutaron de situaciones tan dulce y placenteras como las que gusto en mi corazón. Podría decir que esto sí es la felicidad y el paraíso en su estado más puro y real. Nada, en la existencia del ser humano, puede ser mejor ni aportar realidad más hermosa, serena y limpia. Si no fuera por todas aquellas pequeñas contrariedades, disgustos y molestias que a diario, a los que nos rodean y la propia vida nos presenta, este lugar, momento, con la lluvia que cae y el rodar de la noche, sería y sin duda es el gozo perfecto del alma y del corazón".

Cerca del fuego, se acurrucó con la intención de dormir mientras la noche pasaba. Y lo primero que hizo, en estas circunstancias, es intentar dejar su mente en blanco. Abarcar y meter en su interior, la música que producía la lluvia al caer, el propio rodar de la noche, el leve siseo del viento y todos los sonidos que por el paisaje se producían. Pensó, durante un rato, en sus amigos ausentes y como de nuevo constataba que nada podía hacer para saber de ellos y estar a su lado, se dijo: "En cuanto amanezca mañana, Dios me prestará su ayuda. Aunque el miedo está instalado en mi corazón, tengo confianza y en ésta me sustento para relajarme ahora y dejar que la paz me inunde por dentro".

Y no tardó en quedarse dormido. En un sueño muy relajado, placentero y como glorioso. Tan sumamente lleno de paz y gozo que de un solo tirón durmió toda la noche. Sin despertarse en ningún momento. Solo ya al amanecer, casi cuando el sol comenzaba a iluminar con sus rayos las torres de la Alhambra, lo despertó el canto de un mirlo. Tal como estaba acostado junto al fuego que por completo se había distinguido, abrió sus ojos y, durante unos minutos, ni siquiera se movió. Saboreó el momento de tan singular despertar y amanecer y ahora fue de nuevo consciente de la placentera sensación que en todo su cuerpo y espíritu notaba. Susurró en su mente: "Si la dicha, felicidad y sensación de armonía entre el espíritu y el cuerpo existe, desde luego que yo ahora lo poseo en toda su plenitud. Ningún dolor ni físico ni espiritual, hay ahora mismo en mí. Ningún doloroso y desagradable pensamiento, ocupa en este momento mi mente ni tampoco echo de menos ni necesito absolutamente nada material. Todo es como si el más amable de los cielos, se hubiera derramado sobre mí y me abrazara en lo más noble de su corazón".

Al canto del mirlo que se oía no lejos de donde estaba acurrucado, se sumaron ahora los brillantes trinos de un ruiseñor. Y al mirar desde el interior de la cueva, comenzó a ver como el sol de nuevo día, poco a poco se derramaba por la colina de enfrente, barrio del Albaicín y Sacromonte. Se incorporó, salió fuera de la cueva, miró para el paisaje que tenía al frente y fue ahora cuando descubrió de lleno, la extraña, onda y muy delicada hermosura que le presentaba el nuevo día. Los paisajes, árboles, arbustos, plantas bajas, hierba y musgo, relucían con un verde puro y fresco. La lluvia de la noche lo había lavado todo y la fresca luz del nuevo día, lo iluminaba ahora con una claridad única. Se preguntó: "Y la cueva, la entrada por donde ayer me condujeron mis tres amigos ahora ausentes para mostrarme el lago de sus secretos ¿dónde está?"

Y se hacía esta pregunta porque lo primero que hizo, nada más salir del lugar donde había pasado la noche, fue mirar para localizar la entrada al lago de los niños. No encontró ninguna señal ni de cueva ni de la vegetación que tapaba esta cavidad ni de caminillo alguno. Pensó que a lo mejor podía encontrarse algo más arriba, más abajo, a su derecha o lado izquierdo. Pero, aunque se mostraba interesado, ninguna señal descubría de la entrada al lago en el corazón en la montaña. Y al aumentar en él el deseo de encontrar esta cavidad, se preparó para explorar el terreno con la intención de, en cuanto descubriera la puerta, pasar por ella en busca de sus tres amigos perdidos.

Y fue en este momento cuando sintió el rumor de voces humanas. Volvió su cabeza y miró para el lado de arriba del barranco. Por una pequeña senda entre amapolas, margaritas blancas y amarillas, retamas y algunos lirios morados y muy frescos, los vio. Enseguida los reconoció. Su corazón saltó de alegría, alzó sus brazos y gritó:
- ¡Eh, que estoy aquí!

Notó al instante que ellos lo habían visto y por eso también alzaron sus brazos al tiempo que llenaban el aire con el sonido de alegres comentarios. Al frente de los tres, avanzaba la pequeña que nada más descubrir al hombre amigo, expresó su alegría. Rápida alzó sus brazos al tiempo que gritaba:
- Vamos a tu encuentro.
Corrió por la sendilla que bajaba, apartando las ramas de retamas y lentiscos, seguida de sus dos amigos.

Se oyó en estos momentos, rompiendo el aire y llenando todo el espacio del barranco, ladera y valle del río Darro hacia la Sierra Nevada, una música muy bella. Vibraban los mismos acordes y melodías que unas horas antes había percibido cuando estaba frente al lago con su amiga de infancia. Pero la música que en estos momentos llegaba hasta sus oídos, impregnando todo el paisaje de sensaciones realmente bellas, parecía mucho más fresca y original. Se dijo, mientras inmóvil observaba a los niños y su corazón se llenaba más y más de paz y consuelo: "Creo que son ellos los autores y los que traen por aquí está música. Pero ¿de dónde y de qué modo consiguen esta especial realidad y qué es lo que con ello anuncian?"

Vio en estos momentos como ella, la niña en el grupo de sus tres amigos, se movía por entre la hierba que tenía cerca a un lado y otro del caminillo. De algunas notas de estas hierbas, cogía con mucho cuidado, como capullos de flores. De amapolas, jaras blancas, margaritas y otras flores. Alzaba sus brazos, de vez en cuando, miraba hacia donde estaba el hombre y trazaba como airosos y muy elegantes movimientos. Al compás de estos movimientos, las bonitas melodías que impregnaban el aire, parecían desarrollarse con más fuerza y brillantez. Dijo ella a sus dos compañeros:
- Para que nuestro amigo compruebe que nos alegramos de volverlo a ver y que nos gusta tenerlo con nosotros.

Los tres siguieron sendilla abajo mientras continuaban divirtiéndose con su originales juegos. Al tropel que formaban, del barranco y la vegetación que por aquí cubría, alzaron vuelo un par de mirlos. Cruzaron el aire chillando y se perdieron rápidos hacia las partes altas del valle del río. Ni siquiera prestó él atención a estas aves porque su corazón, mente y ojos, estaban concentrados en la presencia de los niños que se acercaban. La primera en encajarse a su lado, fue la niña que, como si mil años hubiera estado sin verlo, confesó:
- Pensabas que estábamos perdidos y no es así. Aquí nos tienes de nuevo a tu lado y ahora más animados que nunca.
- ¿Qué ha sido lo que ha pasado?
Preguntó él en seguida.
- Te lo vamos a explicar rápidamente pero antes, queremos mostrarte la nueva sorpresa que para ti traemos.
- ¿Otra sorpresa?

Y no le dio a él tiempo ni de preguntar nada más ni de prepararse para lo que la pequeña le anunciaba. De un rústico aunque bonito bolso de tela que traía colgada de su hombro, sacó un puñado de capullos de flores. Miraba el hombre muy expectante y antes de que la niña llevara a cabo lo que tenía planeado, le dio tiempo a reconocer dos cosas: el pequeño bolso de tela que en este momento habría para sacar de él lo que parecía un tesoro muy especial. Sabía que era obra de la madre de la niña. Desde hacía tiempo, el hombre conocía a esta mujer y por eso también sabía que ella se dedicaba, en una sencilla casa en el barrio del Albaicín, a confeccionar y coser ropa. El bolso que la niña ahora mostraba, era obra de su madre. Por eso ni siquiera le sorprendió verlo en este momento colgado de su hombro.

Y la segunda cosa que a la velocidad del rayo, Intuyó y vio, fue lo que la pequeña extraía de este bolso. Eran flores aún sin abrir, capullos de amapolas, margaritas y malvas. Solo unos minutos antes, el hombre había visto a la pequeña recogiendo esta cosecha. Por eso en este instante y motivado por los movimientos que ella realizaba, también a la velocidad del reyo, se preguntaba: "¿Qué será lo que esta criatura pretende mostrarme ahora y en este lugar?" Y ni un segundo más tardó en verlo. Rápida la pequeña extendió sus brazos con las manos llenas de capullos de flore, abrió estas manos y, con mucha limpieza, lanzó al aire el tesoro que aprisionaba entre sus dedos. Y al instante, cada uno de los capullos que empezaron a volar por el aire, se abrían como pequeñas primaveras. Algunos en forma de mariposa que, al mismo tiempo en que se abrían, parecían lanzar al viento notas musicales en toda la escala de los sonidos y tesitura. Lo mismo sucedía al abrirse los capullos de amapolas, margaritas, malvas, las pequeñas flores de tomillo, mejorana y hasta orquídeas silvestres y linarias. Comenzaron a unirse cada una de las notas musicales que vibraban en el aire y por todo el amplio espacio, resonaba una melodía maravillosamente dulce y bella.

- ¿Qué es esto y qué es lo que significa?
Preguntó el hombre por completo sorprendido con la esperanza de obtener de ella una buena respuesta. Pero la pequeña, nada dijo al instante porque justo en este momento, de entre unos lentiscos unos metros más debajo de donde ellos estaban parados, alzó vuelo un mirlo. Veloz surcó el aire y, lanzando los característicos chillidos que tanto gustan a estas aves, se vino derecho a la niña. Extendió ésta el brazo con la intención de recibirlo y justo a este punto, se vino el mirlo. Como si lo hiciera en la rama de un árbol, en el brazo derecho de la pequeña, se posó el mirlo sin parar de lanzar sonidos. Al ver esta tan sigular escena, aun más se sorprendió el hombre. Miraba a la niña, miraba a los capullos de flores revoloteando por el aire, miraba al mirlo tan confiado en el sostén que la chiquilla le ofrecía y miraba para el valle del río Darro. Al otro lado del cauce de este río, resaltaba muy reluciente y con más misterio que nunca, el recogido barrio del Albaicín. A su izquierda en sobre la colina que se enfrenta a la que sostiene el Albaicín, también y muy hermosas, resaltaban las torres de la Alhambra.

Pensó el hombre: "Todo lo que desde aquí ahora mismo veo, lo conozco desde hace mucho. Pero el color, la magestad, el delicado halo de misterio que muestra y el silencio que en estos momentos lo envelve, por primera vez lo veo y siento. Es como si estos niños amigos míos, hubieran sembrado por este lugar, una magia especial. Como, si en el mundo de sus secretos, ellos tuvieran lo que ninguna otra persona poseemos". Y como su asombro seguía creciendo por momentos, de nuevo preguntó a la pequeña:
- ¿Dime, por favor, qué es todo esto y lo que significa, si es que lo sabes?

Mirando ella para el amplio valle del río Darro, acercó su mano izquierda al pico del mirlo. Cogió el pico de esta ave con mucho cuidado, con dulzura lo zarandeó de un lado para otro al tiempo que muy levemente tiraba hacia ella y pronunciaba las siguientes palabras:

- Ya te conozco y sé lo que te inquieta y quieres decirme. Me gusta mucho que confíes en mí y que me regales compañía y la música de tus cantos. Ahora, a nuestra manera, ya nos hemos saludado y nos hemos dado un abrazo. Vete a tu mundo y continua con tus cantos. Sin que lo sepas, eres la alegría de esta ladera, de los bosques que rodean a la Alhambra y del espejo donde se refleja mi barrio. Eres importante y contienes mucho misterio, como casi siempre sucede con las cosas y seres pequeños. Vete a tu mundo y sigue con tus cantos.

Alzó la pequeña el brazo donde estaba posado el mirlo, lo movió un poco para atrás y luego con fuerza y sin brusquedad, impulsó su brazo, mano y nido hacia adelante. Rápido saltó el ave al vacío, abrió sus alas, se fundió con el viento y se lanzó alegre, entonando ahora no chillidos sino aflautados trinos, hacia el barranco del arroyuelo. Como dirección al pequeño rebaño de ovejas que se desparramaba por la ladera, subiendo desde el río. El hombre que se mantenía inmóvil cerca de la niña y sus dos amigos, observó quieto y muy pensativo, toda esta escena. De ningún modo acababa de entender las sencillas y a la vez, extrañas cosas que el grupo de los niños realizaban y vivían. Lo miró la pequeña, ahora acercándose un poco más a él y cogiéndole su mano derecha. Al sentir el calor y suavidad de la tierna mano de la niña, en el corazón del hombre, se produjo como un pequeño temblor.

A su mente acudieron muchos recuerdos y también las imágenes de lo que unas horas antes había vivido. Se dijo: “La vida, los días, minutos y horas, siempre están llenos de emociones y vivencias del pasado. Como si la propia esencia de la vida, tuviera necesidad de entregarnos solo algunos trozos de la autenticidad de esta vida. Qué hermoso a la vez que doloroso, es el tramo del camino que hemos de recorrer mientras se nos va presentando y consumimos esta vida”. Preguntó la pequeña:
- ¿Te has dado cuenta de lo que parece este mirlo?
- ¿Qué es lo que parece?
- Que siempre vuela y, en ocasiones, pasa cerca de nosotros, con la velocidad de una flecha. Como dando la sensación de tener mucha prisa porque tuviera muchas cosas que hacer.

No comentó nada el hombre a esta reflexión de la pequeña. Comprendió enseguida que lo que expresaba, tenía una gran carga de verdad que, de alguna manera, pertenecía al mundo que los tres niños intentaban mostrarle por aquí. Preguntó él de nuevo, ahora dirigiéndose a los tres:
- Lo que yo de verdad quiero y necesito, es que me digáis qué significa todo esto.
Y ahora fue la pequeña la que habló explicando:

- Sabemos que tú te sientes viejo. No lo eres tanto pero es cierto que te sientes cansado, con ganas de irte ya de este mundo al paraíso que siempre intuiste: el cielo que te ofrece el Dios en el que crees. Y sabemos todo esto porque nos lo han contado nuestros padres. Por eso quisimos y queremos ofrecerte algo que te dé vida y llene un poco de luz y gozo tus momentos de soledad y espera. Nuestros padres también nos han dicho que todas las personas mayores y, en especial tú, recordáis una vez y otra las vivencias y juegos de cuando erais niños.

Se nos ocurrió que nada mejor podríamos ofrecerte, que llevarte a nuestro lago secreto para que compartieras con nosotros nuestras fantasías y juegos. Y esto es lo que hemos hecho. No te hemos mostrado completamente todo lo que en ese lugar tenemos porque queremos que nos acompañes más veces. Ahí, en el territorio oculto que hoy has conocido, tenemos muchos secretos guardados y cosas maravillosas que vamos a compartir contigo poco a poco. Para que, de alguna manera, revivas y te sientas niño con el mundo, juego y fantasías de tu infancia. ¿Te ha gustado y te has hecho feliz lo que en nuestro mundo particular hoy has vivido y visto?

Y miró el hombre muy dulcemente a la pequeña y a sus compañeros. No respondió a la pregunta que le había hecho pero sí retiró de sus mejillas un par de lágrimas. Comentó ahora el mayor de los tres niños:
- Solo hemos querido compartir cotigo, nuestro gran secreto, para que lo sepas. A partir de ahora, siempre que tú lo quieras, nosotros podemos traerte a estos lugares y a otros que tampoco conoces y son nuestro secreto personal. Queremos ser tus amigos y por eso, los tres nos hemos puesto de acuerdo para pedirte una cosa.
Interrumpe el pequeño su relato, miral ahombre y luego al más pequeño del grupo. Éste, como si ya estuviera preparado por haberlo ensayado antes, aclaró:
- Lo que te vamos a pedir, no es nada difícil para ti y sí para nosotros, es muy importante: queremos que con nadie comparta nunca, lo que por aquí has visto y nosotros te hemos contado.
Dejó de hablar el chiquillo y el hombre aprovecho para preguntar:
- ¿Y por qué no queréis que cuente a nadie lo que por aquí vosotros me habéis mostrado?

La pequeña aprovecho la interrupción que su amigo había hecho en la narración del relato para aclarar:
- Es que si tú cuentas a las personas del barrio, a nuestros padres y a los reyes de la Alhambra, lo que por aquí has visto y oío, seguro que nadie va a creer. Todos dirán que las cosas que dices, es pura fantasía nuestra y nos prohibirán que vengamos a estos lugares. Y nosotros tememos que si esto sucede, nuestro bonito secreto, desaparecerá cosa que de ningún modo queremos. ¿Entiendes lo que queremos decirte?
Nada dijo el hombre a esta última pregunta de la pequeña.

Bajaban ya por la ladera, siguiendo las sendillas, hacia el cauce del río y barrio del Albaicín. De una manta de durillo, la niña cortó un tallo con su flor ya algo pasada. Alzó en su mano este tallo, como en forma de bandera al tiempo que lo mecía al viento y comentaba:
- Por donde va remontando el rebaño de ovejas que vemos al frente, se encuentra el acantilado que el próximo día queremos mostrarte. Y te contaremos la historia del pastor que, en uno de los escalones de esas rocas, tiene escondido su tesoro. Un día invitó a un amigo suyo a que viniera por aquí. Lo que ocurrió aquel día, fue algo extraordinario que también te contaremos cuando vengamos otro día.